

ARROGANCIA DE SENTIRSE LIBRES

Hace pocos días el Gobernador del Banco de México, Alejandro Díaz de León, hizo una ronda en los medios de comunicación para explicar la reducción reciente de la tasa de interés.

Escuché algunas de las entrevistas que le hicieron por radio. Le preguntaron de todo, de lo que el Gobernador sabe y también de lo que no tiene por qué saber. Me dio la impresión que los locutores querían obtener, con tirabuzón, una declaración sensacionalista: que desacreditara a Trump, que declarara que México está próximo a una crisis (que no es el caso), que la recesión está a la vuelta de la esquina o cualquier otro trofeo periodístico que presumir.

Díaz de León opinó mesuradamente de varios temas, entre ellos repitió parte del mensaje escrito de Banxico sobre *"la adopción de medidas que propicien un ambiente de confianza y certidumbre para la inversión, una mayor productividad y que se consoliden sosteniblemente las finanzas públicas"*. A mi juicio, Díaz de León se mantuvo en su cancha, como responsable último de la política monetaria del país y guardián de la estabilidad de precios.

A AMLO no le pareció así y en su mañana del día siguiente le espetó bruscamente que en Banxico *"opinan más de la cuenta, hasta se quieren meter en el manejo de la política económica que nos corresponde a nosotros haciendo recomendaciones de otro tipo, pero es mejor que usen a plenitud la libertad, su autonomía, que tengan la arrogancia de sentirse libres, a que vayan a decir que nos estamos metiendo"*

La arrogancia también es sinónimo de valentía. AMLO debería apreciar opiniones que le permitan establecer mejor sus prioridades, y/o corregir a tiempo errores potenciales, en vez de denostarlas.

La disciplina fiscal ha sido hasta ahora el principal logro económico de su gobierno, al mantener a raya el nivel de la deuda pública. No obstante, este cimiento se le puede cuartear rápidamente, deteriorando la paridad y presionando al alza la inflación y las tasas de interés, aunque sea poco, pero en sentido contrario a lo deseable.

En menos de tres semanas el gobierno de AMLO presentará el Paquete Económico de 2020, incluyendo los gastos, ingresos y el endeudamiento público. Casi seguro que tratará de replicar el déficit fiscal de 2 por ciento del PIB, con un superávit primario de 1 por ciento de 2019.

La cosa es que este rigor fiscal que parecía factible al inicio de esta administración, actualmente ya no lo es y no por falta de voluntad del Ejecutivo, sino por imposibilidad de ajustar gastos crecientes con ingresos bajos.

En el mejor de los casos, la desaceleración que padece la economía mexicana continuará el año próximo, y en el peor-- si EUA se desacelera o cae en una recesión-- igual podría generar una contracción económica en México, lo que frenaría la recaudación de impuestos. En este mismo sentido, de acortar los ingresos, el plan de negocios de Pemex plantea una menor carga fiscal para la empresa con cargo al Gobierno Federal, sin convencer que la primera podría aumentar la producción de crudo y gas y elevar así sus ingresos.

A su vez, por el lado de los gastos están los que crecen continuamente: las pensiones, los pagos de intereses de la deuda pública y los recursos que van a los estados. A estos se sumarán los de las obras consentidas del régimen, como Dos Bocas, más los programas sociales que ya se han iniciado pero aún no operan a plena capacidad y los que se les ocurran a las dependencias para atenuar la falta de actividad económica. Si esto desmorona la disciplina fiscal, independientemente de las historias que AMLO construya para negarlo, también lo hará la confianza en que México podría transitar por el camino de la estabilidad. El manejo de la

política económica no es monopolio para beneficio del gobierno, sino activo para el bien común de los ciudadanos.

Socio fundador de GEA Grupo de Economistas y Asociados